

Cernuda y la República: la felicidad sólo rozada

LUIS MIGUEL VICENTE GARCÍA
Universidad Autónoma de Madrid

Un corte en la obra de un artista como Cernuda atendiendo sólo al momento político que vive el país no puede dejar de ser más que un modo convencional de abordar al poeta. En esta presentación se intenta matizar mejor la deuda de su obra con el ambiente republicano y ponderar al tiempo lo que son constantes en su obra, bajo cualquiera de las diversas circunstancias políticas que vivió.

Madrid y la etapa surrealista (1928-1931): *Un río, un amor y Los placeres prohibidos*

El 4 de septiembre de 1928, tres meses después de morir su madre, el escritor abandona Sevilla y, tras pasar unos días en Málaga, donde visita al grupo de *Litoral* (Prados, Altolaguirre, Hinojosa), se instala en Madrid, sin saber bien cómo va a ganarse la vida. Salinas le consigue ese año un lectorado en Toulouse. En esta primera salida de España comienza los primeros poemas de *Un río, un amor*, que publicará *Litoral* junto con una traducción de Éluard en 1929. En algunos de estos poemas, la nostalgia del sur asoma («Quisiera estar solo en el sur») y con ella los primeros dolores del amor («No intentemos el amor nunca»). En esta tercera sección de *La realidad y el deseo*, el contacto con el surrealismo le libera la voz, la rebeldía aflora de un modo más directo, el mundo interior del poeta encuentra un decir mucho más fluido, más acorde con lo que quiere expresar de sí mismo. La liberación de los moldes métricos y estróficos tradicionales va acercándole más al versículo, o al poema en prosa, pero la atmósfera surrealista es todavía aquí, a mi ver, otra concesión de época que le distrae de la concreción que alcanzará luego. Los poemas todavía se pierden en sugerencias imprecisas nacidas del simbolismo abierto y subjetivo del surrealismo. Sigue, creo, sin ser todavía el escritor que conquistará a los poetas futuros.

Tras su estancia en Toulouse, regresa a Madrid y se instala en la calle Fuencarral. Consigue trabajo en la librería Sánchez Cuesta y se plantea conseguir otro lectorado que deja vacante Jorge Guillén en Oxford y que finalmente ocupará Dámaso Alonso. Sigue imbuido de surrealismo, agudizando su rebeldía frente a las normas morales burguesas. Trabaja en *Los placeres prohibidos*.

El placer tiene un fulgor que no puede ser regulado por las normas sociales, sigue su propia ley: «Diré como nacisteis», escrito el 20 de abril de 1931, recién comenzada la República. Pero el amor se siente de todos modos amenazado, «Si el hombre pudiera decir», con o sin República. Del surrealismo va tomando la libertad de decir, pero lo va limando de imágenes imprecisas, acercándose cada vez más al poema narrativo, claro y contundente. Y ello sobre todo porque las experiencias vitales en que se basan los poemas van también aclarando la voz. La poesía era sobre todo testimonio vital, y no ejercicio cortesano. Era catarsis y necesidad, y no juego de ingenio. En *Los placeres prohibidos* ya ha conquistado su voz poética que fluye y llega al lector sin ambigüedades, directa, con perfecta armonía entre el sentir y el decir. Como una confesión. Y esta es la voz que sí se pararán a escuchar los poetas como única. Este cuarto poemario sí le proyecta irremediabilmente hacia el futuro. En cierto sentido, con este libro Cernuda ha encontrado la continuidad y mantenido la coherencia con el grupo de amigos de *Litoral*, Prados, Altoaguirre, Hinojosa y en parte Aleixandre, con los que compartía y lideraba un afán joven por conseguir que la vida y la poesía caminasen juntas, de un modo rebelde y anticonservador, incorporando el poder del amor pasión y los temas tabúes, que no habían pasado desapercibidos a algunos modernistas tampoco.

Cernuda, como muy finamente analiza Francisco Chica¹, anduvo en su trayectoria poética, sobre todo en los dos primeros poemarios, condicionado y dividido entre la idea de poesía que tenían sus mentores –Salinas, Guillén, Diego– y la necesidad profesional del amparo de éstos y la idea más rebelde y más suya de lo que podía ser la poesía tal como la vivía con los amigos a quienes tuteaba, los de *Litoral*. Con estos amigos había planeado una *Antología de la nueva poesía española*, basada en aquellas inquietudes comunes que compartían y que casi cobraron forma de manifiesto en el ensayo que Cernuda publicó en *Litoral* en 1929 sobre Paul Éluard. Chica lo ha expresado con claridad:

En realidad, más que a un enfrentamiento directo con ellos, a lo que asistimos en estos años es al tenso juego que se establece entre Cernuda –joven promesa literaria en alza– y quienes –como Salinas, Guillén y Diego, núcleo veterano del grupo del 27– ejercen, desde marcados criterios estéticos, una celosa labor de orientación y control en el panorama poético de entonces. Atrapado pronto por la compleja trama de poder sobre la que se asienta el grupo, las vacilaciones del escritor sevillano se traducen en la existencia de una doble postura por su parte: si de un lado necesita sentirse protegido por la autoridad que representan los nombres antes citados, por otro no dejará de socavar, por medio de una erosión muy medida, los cimientos en que ésta se apoya. Es en los terrenos de esta «rebelión aplazada» donde transcurre la obra del primer Cernuda, surgida de un curioso pacto entre las poéticas del día (representadas básicamente por Guillén, Salinas y Diego) y su impulsivo mundo interior (p. 212).

Tanto la posterior obra del poeta como su fluctuante relación con los veteranos mentores, que girará drásticamente hacia el enfrentamiento tras el reencuentro con algunos de ellos en Estados Unidos, no harán sino confirmar esas palabras tan aclaradoras de Chica.

Son estos primeros años en Madrid y su estancia en Toulouse cuando la literatura y la vida se mezclan en Cernuda y le llevan a conquistar una voz coherente con sus necesidades vitales y

¹ F. Chica, «Luis Cernuda y la tentación surrealista. 1928-1931», *Entre la realidad y el deseo: Luis Cernuda. 1902-1963*, J. Valender (ed.), Madrid, Residencia de Estudiantes, 2002, pp. 211-233.

con su sentido de la poesía. Las dificultades para vivir su sexualidad pasan a primer plano, reforzadas por experiencias reales y por el hallazgo de espíritus afines en la literatura universal. Gran parte de su esfuerzo poético se vierte ahora en liberarse del estigma que pesa sobre el disfrute erótico, sobre todo de signo homosexual. El joven poeta sin familia busca un amor para dejar de estar tan triste, mas sabe que es igual de negado para un matrimonio convencional que para la diplomacia, que no ha llegado a ejercer nunca. La verdad es que la mujer no le atrae como mujer –serán sin embargo sus más fieles amigas– y la fuerza de la sexualidad no admite difrazarla de moralidad ni reprimirla. No se trata, como pretende Tomás Segovia², de que Cernuda sea un estereotipo de pederasta que niega la existencia del otro y cosas por el estilo. Con prejuicios no se puede escuchar la verdad de nadie. El joven Cernuda de esta etapa madrileña es tan gregario como cualquier ser humano y aún más de lo habitual, pues acaba de quedarse solo en el mundo y acaba de perder los puntos de referencia más estables en el ser humano, la familia y el clan. Familia que, de todos modos, fue un tanto extraña para él, al ser su padre tan anciano cuando él era un niño y haber nacido a siete años de distancia de su hermana menor. El propio destino le quitó, que no el poeta, relevancia al papel de la familia. Pero, apenas dejada Sevilla, Cernuda, que ha llorado a su madre de verdad, y aún desde el ambiente amigo y libre que disfruta en Málaga con sus amigos de *Litoral*, acusa la carencia de raíces en las que ha entrado su vida, y la falta de un amor que supla esas carencias aparece en su correspondencia a Higinio Capote:

Los últimos días en Sevilla estuvieron maravillosos [...]. Pero ahora... Vuelvo otra vez a la tristeza. Verdaderamente no puedo vivir sin tener al lado alguien por quien sentir afecto. Y estoy solo [...], lo siento física y espiritualmente. Lo mismo me ocurrirá en Madrid. Pero ¡qué le vas a hacer! [...]. Ya no puedo volverme atrás. Esto no se lo diría a Salinas; ya sé lo que diría: «¡Falta de vitalidad!». No lo creo así. Sé lo que me falta; pero mejor sería que no lo supiera [...]. Necesito, aunque sea de lejos, sentir un eco de las personas, o las cosas que conocen mi vida perdida. Porque ahora comienzo otra bien distinta. Mejor o peor, no lo sé. Mas un poco triste (*apud* Chica, p. 215).

Desarraigo temprano y tremendo el del poeta joven y sentimientos gregarios más que comprensibles. Miedo también a enfrentarse a lo que sabe que le falta, porque ahí también su sexualidad le hace diferente.

Con la llegada a Madrid viene una cierta euforia propia de su juventud y de lo positivo de su libertad en la vida: ropa a su gusto, bares, salones de té, cine y música, que le marcará como a tantos jóvenes el color de algunos de sus sueños y que seguirá siendo fundamental a lo largo de su vida, y también la experiencia del amor, al que lo empuja una fuerza superior a sí mismo, «el hondo animal de la existencia» diría él tal vez. En sus siete meses de estancia en Toulouse, la urgencia de sus deseos por materializarse acaba por abrirse paso plenamente en sus poemas. Será, como él la llame, «mi época sincera». Fue lo que hoy llamarían algunos una salida del armario espontánea y no poco ideal, amparada en la inocencia primera de decir lo que se siente, en un mundo poético que concibe ajeno al terrible lema celestinesco: «a quien dices el secreto das tu libertad». Sólo con el precio que con el tiempo paga el hombre y su vida por ello, el terrible mundo celestinesco aparecerá en *Desolación de la quimera*, para reconocer que ha sido un iluso por mostrarse desnudo ante un mundo, el de los poetas y académicos, que tenían una idea

² T. Segovia, «Divino tesoro. Cernuda y sus muchachos», en J. Valender (ed.), *op. cit.*, pp. 61-84.

menos vital de la poesía. Y los ataques a la heterosexualidad que aparecen en los poemas del hombre más que maduro no son en ningún caso desprecio de la condición heterosexual –como Tomás Segovia y otros leen–, sino ataque puntual a la heterosexualidad usada como escaparate o como único modo posible de alcanzar dignidad y respeto en la vida social. Eran desquites contra personas y actitudes muy concretas y, por otro lado, muy ciertas. Es la doble moral de algunos, su doble vida, su sentirse superiores sólo por ser heterosexuales, como reflejaba alguna confidencia de Guillén a Salinas respecto a Cernuda («¿qué tenemos que ver tú y yo con un marica»?)³: eso es lo que recibe el desprecio de Cernuda.

El otro «marica» que conquistó a los poetas futuros fue Lorca. Y fue el reencuentro con Lorca en casa de Aleixandre, después de su estancia en Nueva York, ya imbuido también del efecto liberador del surrealismo y también fuera del armario, lo que puso a los dos poetas en una línea afín de creación poética desde la vida y para la vida, sin concesiones a la poesía de salón. En esa audacia, y en la profundidad de esos dos poetas, está la clave para que el futuro los siga escuchando con merecido amor. Uno pagó con su vida y otro con el ostracismo. No por falta de amor al otro como se dice, sino porque el odio y la codicia, la guerra y el borreguismo les dejó solos con sus aspiraciones de un mundo más habitable, menos hipócrita, menos celestinesco. Será ese Lorca, que se aleja también ya del espíritu de la *Antología poética* que planeaba Gerardo Diego con vocación generacional, quien, en una de sus escapadas nocturnas, a lo Kavafis seguramente, conoció a Serafín Ferro y se lo presentó luego a Aleixandre y a Cernuda. Según apunta Chica, sería hacia marzo de 1931 cuando Cernuda conoció a quien se convirtió en su amante durante un año aproximadamente. Cernuda tuvo así la experiencia vital que necesitaba para que vida y literatura coincidieran plenamente. Y es más que probable que sea durante ese periodo y por esa razón cuando escribe los poemas de *Los placeres prohibidos*, el libro que marca el verdadero contorno único que iba a tomar *La realidad y el deseo*.

Sobre el perfil de este personaje que despertó tanta pasión en Cernuda, remito al trabajo mencionado de Francisco Chica y a las referencias que en él se proporcionan. Para mí, Serafín Ferro guarda con el joven sargento recordado en «Sombras» de *Ocnos* ese aire de ser destruido, pero lleno de belleza, que, como Cernuda, está prácticamente solo en la vida. Un prototipo de ser masculino, rebelde, bello, de irresistible atracción para el joven Cernuda que se enamora y le protege con su precaria, pero mayor, capacidad para ganarse la vida. Los aproximadamente diez años que le saca Cernuda convierten a Serafín en el muchacho de juventud plena que puede hacer revivir en el poeta sus deudas con su propia adolescencia y juventud insatisfechas. Pero Cernuda sólo tiene treinta años cuando termina la relación en la primavera de 1932 y no es ni mucho menos el pederasta que ve Tomás Segovia; es como el propio Ferro, un joven solo que ansía formar su peculiar familia, su peculiar pareja. La juventud del poeta explica que *Los placeres prohibidos* tengan casi exclusivamente el tema de la impostura, de la reivindicación frente a la moral establecida, del derecho a vivir una pasión tan irrefrenable como la que él está viviendo. Todavía no ha nacido en él de forma clara lo que aparecerá tras su ruptura en el siguiente poemario, *Donde habite el olvido*, la desilusión por la propia naturaleza del amor, el sentimiento

³ Carta de Guillén a Salinas, citada por Jordi Amat. Para acceder a la correspondencia de Cernuda, Valender ha publicado recientemente el documento esencial *Luis Cernuda. Epistolario. 1924-1963*, J. Valender (ed.), Madrid, Publicación de la Residencia de Estudiantes, 2003. Junto con el *Álbum* y su contribución al homenaje mencionado, *Entre la realidad y el deseo* constituye una preciosa herramienta para acercarnos al hombre y al poeta. Un valor similar tiene la biografía de Jordi Amat dentro de las recientes publicaciones que han celebrado el centenario del poeta.

de que, al margen de la moral social, «el precio del amor es la no correspondencia». No será sólo la sociedad la que levante muros o torres de espanto entre el poeta y su deseo, sino la propia naturaleza contradictoria y efímera del amor, que es, más que las mentiras de los demás, la propia esencia de la quimera. Y todo ello, la revolución interior que supone conocer a Serafín Ferro en marzo de 1931, va a coincidir con otro inicio trascendente: el comienzo de la República. La primavera de 1931 le trae todas las promesas de cambio posibles en lo interior y en lo exterior. Y su voz se plasma en el poemario que hace remontar con su fuerza a *La realidad y el deseo: Los placeres prohibidos*.

Como señala Valender, el año de 1930 es curioso en la biografía de Cernuda porque no publicó nada excepto un par de poemas de *Un río, un amor* en la *Nueva Revista*. Sería un año de turbulencias en su vida privada mezcladas con las turbulencias en la vida política del país: la caída de Primo de Rivera y la inestabilidad de cualquier gobierno bajo Alfonso XIII. Ante ese panorama, Cernuda e Hinojosa planeaban publicar una revista surrealista «a la que no sabían si titular *Poesía y destrucción*, *El agua en la boca* o *El libertinaje*»⁴. Cernuda se lo decía así a su amigo Capote en carta del 21 de enero:

Pero estoy aburrido por una parte del mismo artificio literario y por otra de vacas, piojos, y curas o sea España [...]. Tal título *El libertinaje* parecerá en mí paradójico, en mí llamado sin duda *honnete* [sic] *garçon*. Y bien, eso no es nada. No sé si pedir o no la ocasión (hablo en broma, porque ¿cómo no desear la ocasión?) pero si llega alguna vez ya sabrán quién es el *honnete* [sic] *garçon* (*ibid.*).

La primavera de 1931 fue en lo interior y en lo exterior un momento fundamental en la vida y en la obra del poeta. El 14 de abril se instauraba la República, que Cernuda recibió con entusiasmo, como han documentado sus biógrafos, a pesar de la languidez con que él mismo recuerda los hechos desde el futuro exilio y también desde el futuro desencanto de la política.

Como Alicia Martínez ha mostrado en estas jornadas⁵, la República afectó la vida de todos. Fernando de los Ríos, Ministro de Instrucción Pública, apoyó el teatro ambulante de Lorca, y el propio Cernuda se incorporó hacia noviembre de 1931 a las recién creadas Misiones Pedagógicas.

Donde habite el olvido

Después de su relación amorosa con Serafín Ferro, Cernuda escribe su quinto poemario, *Donde habite el olvido* (1932-1933). Lo ha titulado con un verso de Bécquer y con ese verso se inicia también el primer poema, que resume intensamente la derrota del amor. El primer desencanto amoroso le ha calado hondo: «las siguientes páginas son el recuerdo de un olvido». Se recrea el pasado intensamente, como si se hubiera perdido una inocencia virginal. La separación con el mundo se hace muy intensa. En el poema «Los fantasmas del deseo» anticipa el tema de la tierra como arquetipo de gran madre. Todo, hasta los deseos, son fruto de esa tierra. Es la madre que todo lo nutre y recibe adoración del poeta tras sus experiencias con la vida y el amor. Es un símbolo que en Cernuda se vuelve en cierta manera religioso, como si hablara de una antigua diosa pagana que comprendiera al hombre y se compadeciera del peso de sus anhe-

⁴ Apud J. Valender, *Luis Cernuda. Álbum*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2002, p. 128.

⁵ Véase, en este mismo volumen, A. Martínez, «La generación de la República: los poetas», p. 55.

los. El impacto del primer gran amor y gran decepción de Cernuda impregna todo el poemario y, como señala Chica, la «S» de Serafín aparecerá significativamente en la contraportada del libro cuando se publique en 1934, y se mantendrá, ahora con diseño en letra roja de su amigo Ramón Gaya, en la primera edición de 1936 de *La realidad y el deseo*. Parece que Serafín fue su primer amor realizado y debió dejar en él más que la serpiente de una «S», pues como recordará más tarde en el poema «Tierra nativa»:

Raíz del tronco verde, ¿quién la arranca?
Aquel amor primero, ¿quién lo vence?
Tu sueño y tu recuerdo, ¿quién lo olvida,
Tierra nativa, más mfa cuanto más lejana?

Gerardo Diego le incluye ese mismo año de 1932 en su antología generacional. Cernuda continúa su participación en las Misiones Pedagógicas⁶ con las que la República intenta acercar la cultura al pueblo, y entra en ellas en contacto con otros artistas como Ramón Gaya, que le retrata por esta época con palabras y con pincel mejor que nadie:

Conocí a Cernuda en un jardín. Paseaba, marchaba solo, pero iba con ese aire del que lleva a su lado unos galgos decorativos. Comprendí ya entonces que una sombra le acompañaba a todas partes, un perro inseparable y misterioso, su vida misma quizá, el boceto de una vida no vivida. Conocí a Cernuda en un jardín. En la calle o en el salón no se le comprende. Tampoco en el campo; un jardín o una playa es su fondo verdadero [...]. Cernuda es todavía hoy como un niño. Porque su vida le ha sido robada, alguien o algo gasta al lado suyo la vida que le pertenece, y él, Luis Cernuda, sigue intacto en su jardín intacto, embelesado, ensimismado, preso, preso en sí [...]. Cernuda es El Poeta, el caso más puro de poeta –no de poeta puro– que existe hoy en España. Nada tiene que ver con su realidad porque Cernuda no vive, sino que late [...]. Por eso Bécquer, por eso hondamente Bécquer, y no superficialmente Bécquer, como es la moda. Porque lo que tiene Cernuda de Bécquer no lo ha tomado de él, sino que lo tenía ya, lo tenía de nacimiento [...]. Porque Cernuda no es un continuador, ni un discípulo, ni siquiera un influenciado de Bécquer, sino su familiar, su familiar mejor. Es su sangre⁷.

Escribe diversas colaboraciones para revistas y trabaja en el sexto poemario, *Invocaciones* (1934-1935), que servirá de cierre a la primera edición de *La realidad y el deseo* de 1936. Empieza a traducir a Hölderlin, cuya huella se hará visible en *Invocaciones* dotándole del romanticismo filosófico y soñador del alemán, iniciándole en el distanciamiento: la proyección del poeta en personajes simbólicos, el farero, el demonio o el mundo arquetípico de los dioses. La mirada retrospectiva aparece en «Soliloquio del farero». «La gloria del poeta» es intensamente sincero y desgarrado sobre el tipo de amor que ansía, y su ataque de rebelde se dirige contra la sexualidad establecida y gris que representa para él la vida conyugal que exhiben todos como la única forma de vida posible. El poeta se gloria de buscar el placer en aventuras más ardientes. Las que necesita su pasión felina para provocar su creatividad. «Viven y mueren a solas los poetas», dice en «Himno a la tristeza», que homenajea a Hölderlin y lo que ha aprendido en él, tratando de

⁶ N. Dennis, «Luis Cernuda, la II República y las Misiones Pedagógicas», en J. Valender, *op. cit.*, pp. 235-252.

⁷ *Apud Luis Cernuda, Antología Poética*, J. L. Bernal Salgado (ed.), Madrid, Adonais, Ediciones Rialp, 2002, p. 31.

reconciliarse con el sabor de la soledad, que es tierra fértil para la mirada y la creación literaria, incorporando el anhelo del hedonismo pagano desaparecido.

A comienzos de 1936 participa en un homenaje a Valle-Inclán junto con Lorca y Alberti. En abril Bergamín publica *La realidad y el deseo* en las Ediciones de Cruz y Raya. Los amigos lo celebran en un café de la capital. Lorca, encargado del brindis, recupera la palabra «divino» para regalársela al poeta. El granadino percibe como nadie las luces y las sombras de *La realidad y el deseo*, y estaba allí «para defender su turbadora sinceridad y belleza». La defendía contra su propio *ego*, mencionando con humildad la envidia con que los poetas lidiaban a la hora de leer a los demás:

Yo he luchado a brazo partido con el libro, leyéndolo sin gana al acostarme, al levantarme; leyéndolo con dolor de cabeza, sacando ese poquito de odio que sentimos todos contra autores de obras perfectas; pero ha sido inútil. *La realidad y el deseo* me ha vencido con su perfección sin mácula, con su ira y sus piedras de sombra.

El propio Cernuda por aquellos años se había hecho consciente de que la manera de vivir la sexualidad, la posición vital otra vez, marcaba grandes diferencias a la hora de entenderse los hombres y de comprender su arte en caso de ser artistas: «Porque nada separa más a los hombres como una diferencia en los gustos sexuales, ni la nacionalidad, la lengua, la ocupación, la raza o las creencias religiosas levantan entre ellos una barrera tan infranqueable» (*apud* Chica, p. 230).

Vida y poesía marcaban y marcarían una serie de diferencias con los veteranos mentores del 27 que no haría sino agudizarse con el exilio, destinados como estuvieron a formar una especie de familia. Recibe *La realidad y el deseo* de 1936 críticas favorables también de Salinas y de Juan Ramón Jiménez. Cernuda se curaba, de momento al menos, de la decepción que sufriera con la tibia acogida de *Perfil del Aire*.

Su labor en las Misiones Pedagógicas de la Segunda República

Su labor en las Misiones Pedagógicas y su hacer y sentimientos durante la Segunda República son reconstruidos por Nigel Dennis en *Entre la realidad y el deseo*. El entusiasmo con que lo retratará Aleixandre participando de la celebración popular por las calles de Madrid, impecablemente vestido, el día de la proclamación de la República, es con el tiempo desmentido o matizado por el propio Cernuda, que confiesa a Carlos Otero: «detesto las muchedumbres y me siento mal en medio de ellas». Dennis ofrece un valioso trabajo sobre cómo combina Cernuda la necesidad de ganarse la vida con el ejercicio de su vocación poética en estos primeros tiempos de la República. Durante año y medio, fracasado su intento de suceder a Jorge Guillén en un lectorado en la Universidad de Oxford, trabajará en la librería de León Sánchez Cuesta hasta finales de 1931. Por ese tiempo comienza a escribir colaboraciones para la prensa madrileña hasta que, probablemente por ayuda de nuevo de Salinas, consigue en noviembre un puesto en el Patronato de las Misiones Pedagógicas, trabajo que mantendrá hasta el inicio de la guerra y que le llevará a realizar frecuentes excursiones a los pueblos de España y a conocer y relacionarse con muchas gentes.

Su experiencia en la librería le permite trabajar ahora para proveer a las bibliotecas que el Patronato quiere establecer por la España rural. Su labor administrativa no le requiere mucho

tiempo, y en cambio le seduce mucho más la idea de hacer escapadas de Madrid. Esto se hace posible con su participación en el Museo Circulante de las Misiones Pedagógicas, que exhibe copias de los mejores cuadros del Museo del Prado por los pueblos de España. Su amigo Ramón Gaya, uno de los pintores encargados de esas copias, consigue que Cernuda pueda incorporarse y deje así por un tiempo el aburrimiento de las oficinas. El poeta entra en contacto con la España rural que tantos sentimientos encontrados le mueve; de un lado, compasión hacia las víctimas, esos niños y jóvenes que con su potencial en la mirada reclaman que exista un horizonte para sus vidas; y de otro, desprecio y pesimismo ante aquella realidad tan arraigada:

Siempre nos sorprendía [...] la limpieza de los ojos infantiles. Tenían tal brillo y vivacidad que me apenaba pensar cómo al transcurrir el tiempo, la inercia, falta de estímulo y sordidez de ambiente ahogarían las posibilidades humanas que en aquellas miradas amanecían [...]. ¿No es posible aligerar, dilatar la rígida y mezquina vida española? Tal vez en nuestras manos haya un medio para trabajar en ello. Es tarea larga; nosotros no gozaremos ya del fruto, si lo hay. Pero pasados bastantes años otros podrán aprovecharlo. No recordarán, quizá, quiénes abrieron el camino. Pero no importa. Nuestro esfuerzo debe ser el único premio (*apud* Dennis, p. 247).

Ese paisaje de pobreza por redimir será el que muchos años después, sin esperarlo, al cruzar la frontera mexicana, le produzca la sensación de regreso, de algo que ya había vivido. Y será un panorama mexicano similar al que había dejado en España hacía muchos años el que, con su pobreza y todo, le haga sentirse como un resucitado. Las fotografías de aquella época, en parte recogidas en el homenaje *Entre la realidad y el deseo*, hablan por sí mismas. Cernuda está presente con toda la porosidad de su alma, empapándose de aquellas gentes sin perder su aura de poeta libre y joven, de paso siempre. Contemplativo, incluso cuando está sonriendo relajado entre amigos o entre las pobres gentes. Inmensamente receptivo a la belleza que cubre la miseria, a la fuerza siempre pujante del ardor que late dentro. Por otro lado, las fotografías tienen para el lector de hoy esa presencia objetiva sobre su aspecto que tanto matiza el casi *sambenito de dandy* con que era evocado por algunos y que tanto, y con razón, le molestaría a él.

Jordi Amat, en su bella, aunque por fuerza incompleta, biografía de Luis Cernuda⁸, recrea en el capítulo «misionero» el espíritu de las Misiones Pedagógicas, dirigidas por el pedagogo Manuel Bartolomé Cossío y en cuya Comisión Directiva también estaba Salinas, que más que probablemente ayudaría a Cernuda a conseguir su colaboración con esta institución, creada el 29 de mayo de 1931. Amat insiste en que el misionero prototípico para estas tareas debía caracterizarse, según Cossío, por su antiprofesionalidad pedagógica, así cabían sobre todo los artistas en sus filas. Siguiendo este espíritu, Lorca propondría su teatro ambulante para llevar la cultura de los clásicos por la España rural y había pensado en la ayuda de sus amigos poetas para ello, incluido Cernuda, aunque éste nunca llegó a formar parte de La Barraca.

Su nueva actividad ilusionó a Cernuda: «tres horas de trabajo nada más, y de trabajo simpático además», como le comunicaba a Gerardo Diego. Era «Auxiliar de Misiones», es decir, hacía un poco de todo:

Se ocupó de las bibliotecas, fue actor de marionetas y explicó el sentido de algunas pinturas. Aunque durante el primer tramo como misionero estuvo radicado en Madrid, durante el verano de 1932

⁸ J. Amat, *Luis Cernuda. Fuerza de soledad*, Madrid, Espasa Calpe, Colección Espasa Biografías, 2002.

–el verano de la crisis con Serafín– participó por vez primera en una misión recorriendo varias zonas de la provincia de Ávila. Una de sus primeras ocupaciones, la que destacó en su *currículum vitae*, fue la creación de Bibliotecas Populares [...]. Gracias a la experiencia adquirida en la librería de León Sánchez Cuesta, elaboró listas de libros para crear las bibliotecas que se llevaban a los pueblos. Mantenía el contacto con su antiguo jefe, pero también se carteó con algunos escritores para conseguir mejores precios o agilizar trámites de distribución. A finales de 1932, por ejemplo, escribió a Valle-Inclán preguntándole cuál era la forma más económica para poder adquirir sus libros (Amat, p. 122).

También reconstruye Amat la participación del poeta en el Museo del Pueblo o Museo Ambulante, que llevaba copias de algunos cuadros célebres por los pueblos. Cernuda, junto con Gaya y otros, fue nombrado directivo del Museo. Amat detalla cómo se realizaban las exposiciones, desde su transporte por carretera a las explicaciones de los misioneros y la música que ambientaba. Pocos son, como nos dice el joven Amat, los testimonios del poeta sobre esta época. Amat encuentra en el ensayo de Cernuda sobre Cervantes una alusión del poeta a la reacción de aquellas gentes ante el Museo Ambulante:

Recuerdo ahora mi sorpresa ante la reacción de ciertas gentes que, por primera vez, visitaban un museo. No tenían curiosidad artística alguna, pero su gusto, viviendo en la soledad del campo castellano, si no educado, al menos no estaba corrompido [...]. Cierta tabla de Berruguete les divirtió durante un buen rato, y en cambio pasaron de largo frente a los lienzos de Velázquez (Amat, p. 123).

En las representaciones de marionetas también Amat recupera testimonios valiosos como el de Rafael Dieste, que dirigía el retablo de fantoches y que cuenta que cuando Cernuda participaba en el espectáculo «se sentía feliz. Lo hacía maravillosamente bien. A muchos les parecía inverosímil, o un segundo Cernuda insospechado». Ya entrada la Guerra Civil, también sorprendió con su talento de actor en *Mariana Pineda*. En todo caso, para sus condiciones de vida y su estabilidad económica, su trabajo en las Misiones Pedagógicas supuso que durante toda la República dispusiera de un sueldo fijo y de un horario de trabajo muy relajado, con tiempo libre, *otium cum dignitate*, para dedicarse a la literatura; además su trabajo le puso en contacto con numerosos y variados artistas e intelectuales, con algunos de los cuales, como Ramón Gaya o Arturo Serrano Plaja, estableció una fuerte amistad; su trabajo le permitió viajar y conocer España de norte a sur. De nuevo Amat nos selecciona unas palabras muy significativas del poeta a principios de 1933: «Antes de este otoño no conocía un solo castillo; ahora he visto tantos ya...» (p. 125). Amat nos recuerda que varios textos de *Ocnos*, como «Ciudad de la meseta», «Santa» y «La tormenta», no existirían sin sus años de misionero.

Para completar la semblanza de Cernuda por los años en que trabaja en las Misiones Pedagógicas, contamos con las «páginas de un diario». Apenas conservamos unos apuntes pertenecientes a la época entre 1934 y 1935⁹. Muestran la otra cara del misionero, su lado íntimo, menos entusiasmado que sus palabras públicas sobre el trabajo en las Misiones. Pesaba el recuerdo de Serafín, pesaba la soledad, el desarraigo. En esas notas de diario tomadas en su mayoría durante sus viajes, vemos su intimidad y sus estados depresivos. Desde temprano se resiente Cernuda de que el pulso de la realidad sea el aburrimiento: «Para acabar, una palabra inexpresiva, pero tan viva en el ambiente: aburrimiento.» La caracterización del «aburrimiento» la hace Cer-

⁹ Ocupan las páginas 758-766 de la *Prosa Completa*, II, [1994], Madrid, Siruela, 2002, D. Harris y L. Maristany (ed.). Cito sólo las páginas.

nuda en su diario con pocas pinceladas, pero muy significativas. En ocasiones es una situación social de ritual vacío –un poco la España de charanga y pandereta– lo que fastidia al poeta:

Absurdo a fuerza de vulgaridad:

— ¿Qué olor tan bueno lleva usted?

— ¡Tabú!

— ¿Eh?

— ¡Tabú! (Diálogo entre un viajante y la dueña de una fonda: lo oí en Calañas [Huelva]) (p. 758).

Frente a la descripción del «ambiente» social como aburrimiento, lo que más abunda en estas notas son descripciones del paisaje del día, con especial atención a la luz. La contemplación interior, a base de apartarse de los demás, constituye en el Cernuda de su diario el balance para compensar el aburrimiento de la vida social:

La cabeza gigantesca de Hércules en el fondo del mar. Luz difusa y movable; la cabeza con sus inmensos ojos ciegos y el pelo en bucles, acechando allí. El pescador que sube a la tierra en brazos de la estatua y habla de lo que vio en el fondo del mar. El templo de Hércules que existió en aquel paraje. Tierra y mar gaditanos. Soledad (p. 759).

La soledad es la perspectiva del diario; las notas sólo aluden a los demás en tercera persona, a menudo con iniciales, con claves para sí mismo. La soledad produce separación del mundo y una sensación de ser un extraño, un no perteneciente o un espectador: «Aquí hoy, extrañeza. Raro todo: yo, las cosas, las gentes». El plano del presente aparece caracterizado como un pasar de acontecimientos que desconciertan: «Nervios, nervios. Ah... Y mañana por la noche a Córdoba. Y luego a Madrid. Mi casa al fin. Para aburrirme y desear salir luego.» «En el tren desgana, aburrimiento de este incesante forcejeo con las condiciones sociales de mi vida».

El tema de la soledad se da la mano con la nostalgia que es expresada a través de sentimientos de inmersión en la historia pasada: cuando viaja por Cádiz está viendo la ciudad de las Cortes de 1812: «Hoy todo el día en Cádiz. Persistencia en imaginar la ciudad como si aún guardase viva la época doceañista» (p. 759). La nostalgia por el pasado se convierte casi en reencarnación hacia atrás, cuando a la imagen «doceañista» se une el recuerdo de Bécquer –la primera lectura que había despertado en él la intuición de la poesía–. Alguna reliquia de Bécquer, su retrato, y Cernuda viaja en el tiempo y siente una afinidad con Bécquer de forma casi física, como si le trasportara a él tal otro Virgilio a Dante: «Vistos en el museo los cuadros de Zurbarán y el retrato familiar de Bécquer por su hermano Valeriano. Atmósfera penetrante; inolvidable intimidad» (p. 759).

En ocasiones sólo deja del día la anotación de un paisaje escueto: «Cielo nublado; primer frío». La llegada del otoño con ese primer frío de las tardes inspira recogimiento. Ese «Cielo nublado; primer frío» se plasma mucho más tarde en *Ocnos* en «El otoño»:

Encanto de tus otoños infantiles, seducción de una época del año que es la tuya, porque en ella has nacido [...]. Te parecía volver a una dulce costumbre desde lo extraño y distante. Y por la noche, ya en la cama, encogías tu cuerpo, sintiéndolo joven, ligero y puro, en torno de tu alma, fundido con ella, hecho alma también él mismo¹⁰.

¹⁰ L. Cernuda, *Poesía Completa*, I, cit., pp. 554-555.

El ciclo del tiempo a través de las estaciones le ayuda a recordar lo que era sentirse niño. El mundo natural sirve para expresar alianza con las emociones más líricas y subjetivas del poeta. El mundo social, en cambio, irrumpe en el diario en forma casi de noticia periodística:

Huelga general. Gobierno Lerroxx-CEDA. Me enteré ayer por la tarde en casa de Concha Albornoz [...]. Ni metro, ni tranvías, ni taxis; algunos coches mal conducidos. Atravesé Madrid dos veces; por la mañana tenía aire de fiesta. Pero esta tarde ya era más grave el aspecto. Calles apenas alumbradas; gente escasa; motos con guardia; carabina empuñada. Tal vez esta noche haya algo [...]. Huelga, huelga. Pocas veces he tenido un disgusto, una preocupación colectiva como anoche. Qué asco, qué vergüenza que haya podido formarse semejante engendro de gobierno [...] (*Prosa Completa*, I, p. 765).

Y dos días más tarde, el 7 de octubre, escribe:

Revolución. Ayer la Generalidad proclamó la República catalana. Esta mañana, en la cama, oí a medias, desde lejos, por la radio, la noticia de haber apresado al presidente de la Generalidad.

Desesperanza y horror al pensar en las represalias que pudiera tomar esta gente con un triunfo llegado a sus manos al azar. *El Debate* daba una información, falsa sin duda, llena de seguridad. Fui a casa de [Arturo Serrano] Plaja; según sus noticias la revolución sigue, con un plan trazado. Dimos unas vueltas por Madrid. Menos tranvías que el viernes; taxis ninguno. Mucha gente con aire tranquilo.

Incertidumbre, falta de noticias seguras. Disgusto, pena al pensar que el movimiento sea vencido. ¿Qué vida sería la que se impondría luego en todo el país?

Albornoz dimitió. Azaña, Maura, todos los republicanos están quizá en Barcelona o han salido de allí a estas horas, según lo ocurrido, que no es posible saber (*Prosa Completa*, I, p. 762).

Son sus personales anotaciones de preocupación por el desarrollo de la República. Se queja de ese ritmo de la vida que causa sensación de vacío y hastío, dos temas constantes en su poesía. A pesar de la agitación política, la inmovilidad nacida de ese hastío se refleja en sus anotaciones del 12 de octubre:

Qué fácil resulta en un libro el paso de los días... La monotonía, ese tedio uniforme del tiempo vacío, sin nada que lo llene y prisa por que pase todo, sin notar que es la vida esa que deseamos que pase, la monotonía de los días sin encanto alguno, en los libros, debe simplificarse y reducirse a espacios en blanco. Ya sé que si se quisiera fijar ese paso igual del tiempo en un libro éste resultaría aburrido y sin valor espiritual. Pero, ¿no habrá nunca un genio de esa nada?

Y a veces aflora, cómo no, el recuerdo del fracaso con Serafín Ferro, «la serpiente que llevo, hace tiempo, enroscada en mi corazón», y las burlas de aquél sobre su trabajo en las Misiones Pedagógicas afectan a su ánimo y le traen a los labios las primeras palinodias de la esperanza: «la redención apostólica de todas las gentes por la sensibilidad, por la cultura, haciéndoles oír el balido de un cordero pintado. Lindo no más en verdad... Aún recuerdo tus burlas, Arcángel» (*apud Amat*, p. 127). En sus anotaciones del 2 de diciembre, refleja aún que Serafín le acomete en sueños:

Anoche [he] soñado mucho y, cosa extraña en mí, recordado luego. Soñado con S.; soñado con unas gentes desconocidas en la realidad, excepto una, pero que pudieran ser por su índole, tal o

cual persona tratada por mí. Toda esa gente se movía en la calle con perros de lujo, en un automóvil lleno de cortinas blancas con volantes plisados; todo era tan cómico que, como burla tácita, me puse a canturrear *La viuda alegre*, cuyo ambiente tan bien evocaba ese sueño (*Prosa Completa*, I, p. 766).

Aunque en ese mismo apunte, donde los sueños afloran con toda su surreal libertad, también están presentes de nuevo las circunstancias excepcionales que se viven en lo político:

Antes de dormirme pensaba en esos detenidos de que me hablaban aquí el otro día. Vi uno de ellos hace dos días; aspecto agradable sin duda, con algo no vulgar; pero las manos eran rudas: luego me contaron que no habiendo nada contra él, lo pusieron en libertad. Sin duda algo le llevó a dejar la familia burguesa a que pertenece; anda por ahí trabajando en lo que puede; este verano en las viñas, según me dijeron. Ahora, con no sé que limosna, a Cádiz a buscar trabajo (p. 766).

Con todo, lo mejor para mí de esas dispersas anotaciones en su diario serán las reflexiones sobre la pobreza que contempla y que se expresan con la misma fuerza que lo harán luego en *Variaciones sobre tema mexicano*, poniendo el contrapunto a su supuesto dandismo, y testimoniando la verdadera profundidad de su rebeldía:

En la pobreza hay como una infancia; pero una infancia buena, limpia, resignada. No puedo ver esos muñecos de trapo, que en largas hileras dispone un vendedor invisible en las galerías del metro, sin un movimiento de íntima ternura; no sólo veo la mano modesta que los comprará; mejor dicho, no veo esa mano, sino la que los hizo en su paz oscura [...]; hay en todo ello una paciencia de larga espera; de una espera que se la presiente nunca verla terminada; una pureza, una fuerza interior que tal vez sean los únicos elementos para la sociedad nueva.

En cambio recuerdo también aquel gesto, de vaca insubordinada e insolente, que tuvo una señora, aparatosamente ataviada, ante la ventanilla de un banco, porque tenía que aguardar varios minutos a que despachasen quienes estaban antes en turno; el rabioso repiquetear con su chapa en el mármol, el gestecillo de desdén maloliente ante tan considerable falta de respeto a su persona.

Sí, la pobreza tal vez degrade a algunos, pero la riqueza vuelve estúpidos a todos.

Degrada la pobreza... Aún tengo vergüenza ante aquel gesto de agradecimiento tan noble, tan humano, de un hombre que con su niño pedía limosna en Córdoba una mañana que pasé por allí. Vergüenza digo, porque no lo merecía yo; me daba más, infinitamente más, no de lo que yo le di, sino de lo que hubiera podido darle (2 de noviembre, pp. 763-764).

Siempre tuvo Cernuda la delicadeza en la mirada, y en esas páginas asoma ya su particular revolución contra las costumbres y las máscaras. Jordi Amat suministra los más pertinentes detalles para reconstruir esta época del poeta y la relación de su vida cotidiana con el trabajo, los amigos y los amores, todo ello de un modo que no había sido tan bien articulado hasta esta biografía reciente. La única que al día de hoy puede quizá recibir el nombre de biografía, pues a pesar de las lagunas forzosas, está hilada como debe ser.

En 1934 se frustra su aspiración al Premio Nacional de Literatura, que gana Aleixandre; sus amigos los Altolaguirre se van a Inglaterra; si quiere publicar *Donde habite el olvido*, tiene que costearse, y sus amigos los poetas siguen viéndole como secundario en el panorama de la poesía. Lorca estaba en el extranjero, y él se había distanciado de Aleixandre, Moreno Villa y Emilio

Prados. En cambio se acercó más a Concha de Albornoz y a los nuevos amigos de las Misiones Pedagógicas. La relación entre las experiencias que anota en estos breves fragmentos de su diario y su poesía es muy obvia en muchos casos; los poemas sobre los muertos y sobre los cementerios tienen su origen en observaciones de este tipo: « La revolución, que no llegó a serlo, está acabada [...]. Sólo hay esos muertos desconocidos entre los días pasados y estos. Y nadie parece darse cuenta que faltan en medio de nosotros». Era su apunte después de las dos semanas trágicas que casi anunciaban el posterior alzamiento de Franco, el cual dirigió desde Madrid la ocupación militar de Asturias, seguida de una durísima represión.

El diario deja ver su ensimismamiento en sus viajes y da la impresión de no tener raíces, de estar a la deriva en circunstancias sociales que le crean tensión y sin aparentemente ningún asidero en un mundo familiar donde relajarse. Y trasluce el afán de encontrar un modo de vida más libre al margen de la oferta ortodoxa, un modo de vida que le libere del aburrimiento circundante y dé cauce también a su sensualidad tan a flor de piel. En la raíz de las primeras y de las últimas creaciones de Cernuda, late el resentimiento por la represión sexual, emanada del ambiente social español primero y del puritanismo protestante después. En estos años madrileños y a pesar de la cierta movilidad que le proporciona su colaboración con las Misiones Pedagógicas, Cernuda se nos presenta como un ser entristecido por las limitaciones de su vida social:

Ayer por la mañana aviso telefónico de Reynfeld; está de regreso, y de paso, con Perrene, por Madrid. Su conversación me entristece; los veo tan libres, saben gozar tan bien... Vienen de Málaga, de Marruecos; han dibujado gentes de aquí y de allá maravillosamente. Como nadie de por aquí.

En casa larga conversación con ellos hasta la madrugada. Ver que alguien interesante y valioso, como son ellos, me estiman y escogen hace que renazca cierta confianza en mí mismo. Pero no dura mucho.

A pesar de sus treinta y dos años, Cernuda se muestra solo e inseguro en su diario. Da la impresión de que vive provisionalmente, de que aspira a algo que no tiene y de que anda bastante aislado con sus emociones más íntimas. Sólo la promesa de una vida libre como la de sus amigos le despierta ilusión. Le falta la familia. Y sin raíces, pronto se sentirá en las nubes. La República a estas alturas, y después de la Revolución de Octubre, está tan herida como sus ilusiones sobre el amor.

A pesar de ello, a finales de 1934 publica *Donde habite el olvido*, el segundo libro que puede comprarse en las librerías, y a principios de 1935 hace la primera lectura pública de sus versos en el Lyceum Club Femenino (¿qué habría sido de Cernuda sin sus mujeres?). Gaya le presentó luego en el Ateneo con una conferencia sobre Bécquer que motivó el mencionado retrato del poeta. A través de los Altolaguirre –sus verdaderos amigos predestinados–, llegó Standley Richardson a Madrid, que luego motivaría la salida de España de Cernuda.

En la primavera de 1935 escribe en su cuaderno de notas sobre la situación política (aludiendo al reaccionarismo virulento del Gobierno de derechas tras la revolución de octubre de 1934): «Lo más abyecto que he contemplado hasta ahora es la política. Repugnante espectáculo el de estos días. Qué mar anegaría y sepultaría a estos miserables que chillan y esos miserables que se agarran como ventosas. Asco, asco» (*apud* Amat, p. 143).

A la par de la inestabilidad política, la poesía florecía. Algunos escritores extranjeros, ingleses o alemanes, elaboraban antologías sobre la nueva poesía española. El alemán Gebser hizo amistad con Cernuda y por su influencia empezó este a leer en profundidad a Hölderlin. No creo

que ningún otro autor le haya influido tanto en lo profundo a Cernuda, en su conciencia de la espiritualidad del poeta. Cernuda mismo lo dijo: «Al ir descubriendo palabra por palabra el texto de Hölderlin, la hondura y la hermosura poética del mismo parecía levantarme hacia lo más alto que puede ofrecernos la poesía» (*apud* Amat, p. 145). Cernuda hizo una traducción que, aparte de servirle de práctica filológica, le descubrió al gran romántico alemán, vivo siempre. Por fin Salinas le anuncia que *Cruz y Raya* va a publicarle *La realidad y el deseo*, que se acaba de imprimir el 1 de abril de 1936. Broche de oro para Cernuda y cercano broche negro para la República. A pesar de todo, su período republicano le había dado grandes frutos que el resto de las desgracias personales y políticas por venir no pudieron borrar.

En febrero de 1938 salía de España una voz poética insobornable. Atrás quedaba la República, el país destrozado, y entre las nubes sus esperanzas de vida libre y plena. Pocos poetas han atinado tanto para titular sus versos. Su plenitud poética y humana nacieron con la República y, aunque a su modo solitario e insobornable, fue siempre la voz de una República donde el hombre pudiera decir y vivir.